Víctor Alba de la Vega

Roberto Murillo tal como yo lo imagino*

...en este continuo vaivén de la vida que consiste en buscar el tiempo perdido, en hallarlo, en volver a perderlo, en la infinita espiral del recuerdo y del olvido...

Roberto Murillo

No tuve la dicha de conocer personalmente a don Roberto Murillo. Por eso no tengo más opción que imaginarlo a partir de las semblanzas y las anécdotas de quienes sí lo conocieron. Y, claro, también a partir de sus textos: luminosos, cordiales, seductores. Estancias del pensamiento.

En septiembre habrá pasado una década desde su muerte. Escribir con motivo de una efeméride me parece algo demasiado burocrático. La escritura no necesita de esas excusas invariables; responde a otros ritmos y otras necesidades. Sin embargo, cualquier regla tiene sentido sólo si permite su propia interrupción. Dado que este caso es excepcional la excepción es bienvenida.

Don Roberto dedicó muchas páginas a la educación y la universidad. También a Costa Rica. En esta breve nota resumiré algunas de sus ideas sobre estos temas.

El saber es una fiesta

Imagino a don Roberto paseándose por los pasillos de la facultad de letras de la UCR con la sutileza y la gentileza que él decía encontrar y disfrutar en sus paseos por los valles y ríos de Cartago. Lo imagino empezando sus lecciones con sonrisas e ingeniosos chistes. Lo imagino, en efecto, como una excepción: interrumpió con firmeza ciertos formalismos e incontables vicios del supuesto "saber" y la complaciente "academia". Enseñó que justo eso debe hacer un filósofo: interrumpir toda complacencia y cuestionar sin tregua los estancamientos intelectuales, políticos, pedagógicos. Hurgar, precisamente, en busca de excepciones, para que el riesgo de paralización no sedimente la inteligencia, la sensibilidad; para que no se cierren las posibilidades del porvenir.

Él creía que la educación costarricense padece de un imperativo burocrático: la creencia de que el profesor sólo se supera si "asciende" a puestos administrativos. Pero los educadores no se hacen mejores ganando puestos, sino con más facilidades e incentivos para la investigación. Defendía, por eso, que la función del educador sólo es educar, y que para eso lo más ventajoso es el ocio creador... "Es más concorde con la función docente, sin comparación, un buen filme, una buena obra de teatro, un paseo a la montaña o una tarde de amistosa conversación, que todas las reuniones de evaluación imaginables, los congresos sin faz, las antesalas de los políticos y las gestiones burocráticas." El ocio –y no el exceso de información o la producción en serie de técnicos– "está en la base del desarrollo, aunque ello escandalice a tecnócratas y planificadores".

Por eso entre maestros y alumnos no debe haber una dependencia jerárquica. Deben ser amigos que compartan con tibieza sesiones de ocio creador, de artesana y paciente investigación, de penetrante diálogo, con miras a la realización del ser humano como criatura libre e innovadora. Diré –robándome la frase de Roland Barthes– que

Roberto Murillo puso en obra la idea de que el saber ha de ser una fiesta. Ciertamente es más probable que la inteligencia haya emergido del juego que de los trabajos forzados.

La educación y la universidad

El énfasis en los métodos, en las cantidades, en la utilidad práctica, eran para don Roberto la tumba donde el país sepultaba la educación. Nunca será más valioso enseñar aplicaciones inmediatas, procedimientos de cálculo, que enseñar a pensar y a expresarse, pues sólo así podrán los futuros profesionales crear o construir algo –empezando por el futuro mismo–. El maestro debe ser un ejemplo, y un lúcido interlocutor, antes que una fuente de información. De Abelardo Bonilla, por ejemplo, quien fuera profesor suyo, decía que fue "un verdadero maestro" porque "su presencia seguiría gravitando en sus discípulos aun cuando olvidaran todo lo que les enseñó".

Por otro lado, en nuestro país la educación y la cultura están divorciadas. La educación, decía, es una rama más del burocratismo oficial, dominada también por intrigas y favoritismos políticos. Lo cual hace olvidar que la educación es un fin en sí misma: "el proceso de realización plena" del ser humano.

Los educadores no deben adoptar el estilo de las campañas políticas, sino practicar, más bien, la "filia" platónica: una amistad creadora. Ser docente debe ser crear con otros. Por eso la vida universitaria es "...que un matemático pinte un cuadro o que un biólogo escriba cuentos", aunque los administradores sólo vean en ello síntomas de bohemia. Claro –citaba don Roberto– "cuando el sabio señala las estrellas, el ignorante no ve más que el dedo". La universidad debe ser un mínimo de administración subordinado a un máximo de investigación y docencia.

Costa Rica profunda

Roberto Murillo fue un filósofo de los caminos. Decía que Costa Rica se puede caminar como un laberinto. Él andaba, literalmente, entre riachuelos y montes, valles y pueblos recónditos. No extraña que otro de los temas recurrentes en sus textos fuera la "Costa Rica profunda".

Don Roberto acostumbraba narrar sus recorridos centrándolos en descripciones poéticas de los paisajes y las costumbres nacionales; pero esos textos y esos viajes más parecían destinados a recuperar una patria que se olvida de sí misma a través de la indiferencia histórica de sus ciudadanos. Alguna vez llegó a llamar "imbecilidad histórica" a la actitud del costarricense promedio, ignorante del pasado y ajeno a la creación del porvenir. En Costa Rica, escribió, el olvido del pasado es "demasiado real".

A los costarricenses nos retrató don Roberto como tipos desinteresados que siempre estamos buscando ocupaciones –aunque imaginarias o fútiles– para evitar el encuentro con nuestro yo y con nuestra historia. Decía que el costarricense de cepa parece querer un limbo como destino histórico. En general, al tico le importa muy poco poner el corazón y la mente en alguna vocación firme. Pero –algo más grave aún– don Roberto decía que los ticos somos incapaces de mantener amistades significativas, pues evadimos enfrentar la más honda intimidad. Razón de más para su visión del educador como maestro en amistad.

Amigo filósofo y poeta

En un artículo de 1969, don Roberto recordaba cómo presentía, ya en su adolescencia, que "el amor a las montañas, a las mujeres y a las ideas era una misma cosa". También creía que la poesía y la filosofía "son en el fondo lo mismo, expresado en diferentes registros". De hecho, uno de sus temas favoritos fue la imbricación entre *logos* y *eros*. Este filósofo fue también poeta, aun si no acostumbraba escribir versos.

Imagino, pues, a don Roberto, como un amigo, y sólo por eso como un maestro. Es decir, lo imagino como imagino que deben ser los filósofos: antes que "amantes de la sabiduría", como dice el eslogan, doctos más

bien de una sabiduría del amor y de la amistad, seres atípicos justamente por su insistencia en organizar las relaciones humanas de acuerdo con las diferencias de cada uno, de todos, las minucias y los matices, las puertas abiertas, los diálogos serenos...

No tengo certeza de si fue como lo imagino al leerlo y releerlo. Insisto en pensar que sí. Me reconforta saber que otros sí lo conocieron y siguen su ejemplo. Don Roberto fue único; pero dichosamente enseñó y escribió: su excepcionalidad no quedó guardada como un secreto. Simplemente por eso a mi imaginación le duele su ausencia.

Nota

* Este texto se publicó en el Suplemento Cultural Áncora del diario *La Nación* el 23 de mayo del 2004, como invitación al Simposio Roberto Murillo.